

medida en que recibe el pasado y lo incluye en sí misma. La unidad de la filosofía en la historia, como filosofía sintética, es la filosofía perenne. La filosofía moderna, en cambio, es sistemática. Un sistema es un todo acabado, cerrado, y se afirma frente a las filosofías anteriores. Todo sistema es descriptivo, no es capaz de crecimiento. b) El filosofar es para el filósofo clásico una participación creciente pero siempre relativa en el primer principio. Para el filósofo moderno, en cambio, filosofar es ejecutar la pincialidad misma y el absoluto. c) La filosofía moderna recibe de Descartes la renovación del tema del primer principio, la cual culmina en la primera fase en Espinosa, y en una segunda fase en Kant y Hegel. d) Espinosa, Kant y Hegel reciben de Descartes un planteamiento, un problema, no una solución. e) Partir de una actitud problemática y sin antecedentes equivale a tener que inventarlo todo. No cabe otra salida que la sistemática a partir de la razón misma, no del ser. f) Convertida la razón en primer principio, la prosecución de la misma hacia el objeto es la indigencia suma. Además, la razón como primer principio es el problema cuya solución es la objetividad. Pero, «la razón no es objeto», responde Polo.

Una vez que ha expuesto las objeciones, el autor emprende la tarea positiva de mostrar bajo qué condiciones es posible «restituir» a las nociones de evidencia y realidad su sentido metafísico, para lo cual habrá que comenzar abandonando las soluciones dadas por el postcartesianismo. «A la fecundidad de tales resultados se encomienda la tarea de reconducir la filosofía al plano del interés metafísico, superando las dificultades que derivan de su particular solución histórica. Pero, obviamente, si se logra iluminar el sentido metafísico que encierra la filosofía cartesiana, el uso hermenéutico de los resultados aludidos quedará justificado en la misma línea de la perennidad de la filosofía».

J.A.

POLO, Leonardo, *Sobre la existencia cristiana*. Introducción de Luis Fernando Múgica. Eunsa, Pamplona, 1996, 288 pp.

POLO, Leonardo, *La persona humana y su crecimiento*. Introducción de Ricardo Yepes. Eunsa, Pamplona, 1996, 264 pp.

Los dos libros son una recopilación de trabajos que el profesor Polo ha ido publicando a lo largo de sus años de docencia universitaria. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra ha querido rendir homenaje de esta forma a tan benemérito profesor, con motivo de su jubilación. El primer libro consta de comentarios a las diferentes encíclicas del papa Juan Pablo II; el segundo libro incluye trabajos sobre antropología filosófica. Aunque el profesor Leonardo Polo haya cultivado fundamentalmente la metafísica, también posee un pensamiento social. En la Introducción, el Dr. Fernando Múgica señala que el pensamiento social de Polo está presidido por una destacada impronta personalista; pero sería un error considerar que su propuesta sociológica culmina su teoría antropológica. Al contrario, el proyecto de Polo consiste en ampliar el campo tradicional de la metafísica al ser del hombre, y alcanzar así una verdadera antropología trascendental, es decir, una auténtica filosofía del espíritu que, por un lado, amplíe el conocimiento trascendental, y, por otro, realice una crítica de fondo a la filosofía moderna en su propio terreno. A la luz de esta idea directriz el autor muestra la prioridad de la persona respecto de la especie y de la sociedad, la irreductibilidad de la persona a la acción, la sociedad como un sistema libre, la consistencia *a priori* de la familia, la sociedad civil como un sistema comunicativo de interacción generalizado y de sentido. En síntesis, la sociedad no es consistente *a priori*; su consistencia es ética, y la vigencia social de la ética no es un dato, sino un problema y, por tanto, una tarea. El profesor Polo, como bien indica Fernando Múgica, es más un pensador heurístico que analítico; sus ideas son hallazgos en sí mismos y, por tanto, exigen detenerse en ellas para llegar al fondo que contienen.

Ricardo Yepes (q.e.p.d.), por su parte, señala en la Introducción a *La persona humana y su crecimiento*, que la idea dominante de Polo en esta obra es que «el hombre no puede dejar de procurar ser persona». Pero, no se trata de ser persona sin más, sino de procurar serlo de modo creciente, mientras vivimos y actuamos ejerciendo nuestra voluntad. Hay en esta obra de Polo un reiterado ajuste de cuentas con la visión subjetivista del hombre que ofrecen algunas ideologías modernas. Polo busca el «momento común» que hemos de inte-

grar en nuestro propio ser para llegar a esa *intercomunicación personal* que es la «estrella invitada» de nuestras reflexiones actuales de filosofía social y política. El conjunto de las nueve cuestiones tratadas en este libro se aborda desde una perspectiva personalista. Resulta ocioso decir que el sustrato donde Polo apoya sus ideas son la tradición del pensamiento clásico griego y la tradición cristiana. Ricardo Yepes comenta a este respecto que en España aún no somos suficientemente libres y tolerantes para que nadie se avergüence o pierda la estimación ajena por tematizar filosóficamente nociones cristianas.

J.A.

CALDERA, Rafael Tomás, *La primera captación intelectual*, Fundaldea, Caracas, 1988, 102 pp.

CALDERA, Rafael Tomás, *El uso del tiempo*, Caracas, 1995, 49 pp.

CALDERA, Rafael Tomás, *El oficio del sabio*, Centauro, Caracas, 1996, 190 pp.

Rafael Tomás Caldera es profesor de Filosofía de la Universidad Simón Bolívar, de Caracas. Nos alegra poder reseñar conjuntamente estos tres libros por el hondo sentido humano y osáfico que encierran. El primero está dedicado a la aclaración de una confesión conceptual que comentan algunos historiadores al exponer la gnoseología de Tomás de Aquino. El tema del conocimiento es la piedra angular de su filosofía, y de toda filosofía en general. Santo Tomás afirma que el ser es lo primero que capta el entendimiento, lo cual significa que el pensar está esencialmente referido al ser. Ahora bien, si esta afirmación se toma en sentido analítico, tenemos que la noción de ente es la primera noción del entendimiento, pero también es la noción más vacía. Esto es cierto desde el punto de vista lógico, pero no lo es desde el punto de vista metafísico o de la filosofía primera. En efecto, el ser captado por el entendimiento es el «esse» o acto de ser, que es un *habens esse*. Esta afirmación forma parte del «tomismo esencial», algo que ha venido olvidando el «tomismo histórico». La diferencia es grande, porque divide la interpretación de Tomás en un «tomismo esencialista y en un tomismo existencial». El lenguaje tiende a decaer en un esencialismo, porque es imposible estabilizar lo que es presencia, captación del ser actual, apertura del espíritu a la realidad. No puede hacerse un hábito de lo que es necesariamente acto y sólo acto: la creencia, en la cual se me da el ser.

La segunda obra, *El uso del tiempo*, es una meditación sobre el paso del tiempo, en la que laten la pregunta agustiniana sobre el tiempo y la plegaria bíblica: «Enseñanos a contar nuestros días», porque la vida de cada uno es una exigencia y un aprendizaje que no puede ser repetido. Son once meditaciones en forma sintética, acompañadas de alguna que otra experiencia sacada de la vida. No hay sabio, no hay sabiduría sin una buena comprensión y un buen uso del tiempo. La tercera obra, *El oficio del sabio*, es un conjunto de ensayos sueltos, artículos y alguna que otra conferencia. «Libros de pedacería», llamó Alfonso Reyes a este tipo de libros. El autor presenta a santo Tomás como modelo de sabio, pues en sólo 49 años escribió una de las más grandes obras de la filosofía y de la teología. El santo dominico pedía a Dios inteligencia para comprender, sutileza para interpretar, memoria para retener y orden para exponer. De los trece ensayos hay varios dedicados a Tomás de Aquino como filósofo, de cuya filosofía el autor va exponiendo algunos retazos con claro sabor antropológico. No hay que ser tomista, repite el autor, sino entender a santo Tomás, como hicieron Maritain, Gilson, Pieper, entre otros: ellos encontraron en Tomás de Aquino a un maestro que les ayudó a liberar sus propias virtualidades filosóficas, esto es, su capacidad de hacer frente a los grandes problemas y de expresarse en un lenguaje vigoroso. «¿Por qué estudiar filosofía medieval?» es el título de otro ensayo. La pregunta, escribe, tiene un sentido diferente para un europeo que para un americano. Para el europeo se trata de conocer su pasado; para el americano moderno, cuya historia comienza a finales del siglo XV, las razones son otras, pero hay una que es determinante: hay que conocer la filosofía medieval por el valor intrínseco de la filosofía, por la verdad que encierra. Con este conjunto de textos, unidos bajo la rúbrica de *El oficio del sabio*, Rafael Tomás Caldera ha querido transmitir un rayo de luz, de sabiduría a la causa de la humanización de nuestras vidas.

J.A.